

recortes

Nº 4

*elementos para
la formación y
la discusión*



**Federación Anarquista
Uruguay**

fAu

Recortes

elementos para
la formación y
la discusión

Nº 4



IAU

Federación Anarquista
Uruguaya



Con la finalidad enunciada va este nuevo número de Recortes.

Como material inicial y con el título de vigencia del anarquismo, se hace un extracto de un documento de 1951 de una organización libertaria Argentina: La Federación Anarco-Comunista. Nos ha parecido de mucha actualidad e interés. Lleva este Recortes como los anteriores, la intención de información y aportes sobre temas doctrinarios, de conceptos que importan, de materiales, en fin, que puedan constituir una contribución para el estudio y ubicación de problemas, con miras al quehacer político transformador.

Con la intención también, que, en algún grado, sirvan para apuntalar una práctica política que deseamos coherente. Práctica que marche acorde, con una finalidad de cambios profundos; que ayuden, en suma a refrescar o actualizar posiciones y actitudes políticas, cuya vigencia no cuestiona experiencia alguna. Donde se entienda que adecuación a condiciones históricas concretas no significa dejación de principios, o de objetivos fundamentales.

Queremos hoy, que este limitado aporte, guarde relación directa con temas de actualidad. Con temas que hoy resurgen con curiosa agresividad política como procurando hacer imposible su cuestionamiento. Y esto, en un Uruguay donde la esencia despótica del sistema político y social de las clases dominantes ha quedado, en la reciente y brutal experiencia, más en evidencia que nunca.

Sin duda el país ha vivido un período muy especial. La presencia por más de una década, de una brutal dictadura fascistizante ha aca-

rreado nuevos problemas que deben ser ubicados y encarados. Muchos son los efectos generados por el tipo de represión generalizada y sistemática, torturas, "desapariciones" y otras manifestaciones de esta dictadura. Dentro de esos efectos hay uno que aquí más interesa recalcar, el de cierta pérdida de memoria social y política sobre muchas y claras experiencias y como contrapartida a esto la recreación de viejas y gastadas ilusiones en torno a conocidas formas de gobierno e instituciones de la burguesía. La reaparición, con énfasis, de planteos que soslayan el fondo del asunto y que de alguna forma proponen la integración en el sistema de las fuerzas eventualmente opuestas a éste.

Nos parece necesario recalcar, que no puede desfazarse cualquier enfoque que se realice sobre la coyuntura del sistema en el que tiene lugar. Hace tiempo ya, aunque no se trate de algo acabado, que el pensamiento socialista ha analizado y evaluado con rigor determinados aspectos fundamentales del sistema capitalista, dentro de ello, el papel, las funciones de un conjunto de instituciones de este sistema. Todo indicaría que ningún análisis con miras a la acción pueda echar en saco roto este saber. El adjudicar, en los hechos un carácter distinto del conocido a estas instituciones acarrearía necesariamente serias y peligrosas implicancias políticas y sociales.

Puede, quizás llegar a entenderse, mas no compartir, que a raíz de golpes recibidos, de experiencias negativas realizadas, de formas erróneas de plantear métodos válidos, de necesidad de adecuación que plantea la realidad, se fabriquen y reformulen espacios, valores y posibilidades a voluntad. Nos parece, que como ayer, hoy, es imprescindible partir de aquellos conceptos guías, conceptos que contienen invalorable experiencia, a la vez orientadores y unidos a un fin además poseedores de rigor necesario para plantearse un camino, una lucha verdaderamente realista. Realista en tanto tiene presente, en todo momento, las características de un sistema y una sociedad que a él pertenece, y acoerde a ello ajusta la práctica política y social consiguiente. Para que así el avance emancipador, la acumulación, constituyan una realidad y no una ficción. Donde no se confunda realismo con abandono de determinados planteos estratégicos.

Hoy, entonces, y en función de lo antedicho, es que se escoge el material que compone este Recortes. Material que versa sobre aspectos generales del sistema capitalista y sus instituciones así como sugerencias para la tarea. Como lo dice en subtítulo: Sistema Capitalista. Instituciones de la burguesía y proceso revolucionario. Lo creemos necesario ya que hoy nuevamente la burguesía uruguaya, su gobier-

no, reitera viejos y engañosos cantos de sirena. Cantos con llamamientos a conciliación de clases, o de concordia como ahora prefieren decir. Política con lo que pretenden, reacomodar en algo su sistema, su ordenamiento, para asegurar así el mantenimiento de sus privilegios, sus ganancias, que como siempre deberá descansar sobre el sacrificio, la miseria del pueblo trabajador. Procurando que las condiciones económicas mejoren en base a más explotación, para más tarde repetir la historia, de una película ya muy vista, obtener la mayor ganancia y explotación posibles en su marco sistemáticamente coercitivo. Al mismo tiempo de propuestas, diálogos y llamamientos la represión. Represión toda vez que los trabajadores reclaman su derecho a una adecuada alimentación, vivienda, salud. Pues aun estos elementales y urgentes reivindicaciones y luchas traerían según los mentores de acuerdos nacionales efectos desestabilizadores y negativos para tan "supremo" fin. Estos sectores de la burguesía invocan ahora la secuela dejada por la dictadura. Son en lo esencial las mismas fuerzas económicas y políticas que ayer lo trajeron y que hoy amparan todo aquel brutal aparato represivo, el mismo de tantas violaciones a los derechos humanos que de vez en cuando menciona vagamente en alguna declaración.

El gobierno de la burguesía no quiere ni puede encontrar salidas verdaderas a la profunda crisis que padece el país. Las únicas salidas posibles exigen transformaciones de fondo, y éstas, lo saben, serían fatales para la conservación del sistema. La burguesía, su gobierno, está en una situación en donde nada concreto tiene para ofrecer al pueblo. Hoy la burguesía está con su careta democrática, confía ahora en que las normas político-institucionales, el ordenamiento jurídico vigente es la manera más eficaz de hacer funcionar el sistema. Por otra parte hablan al pueblo trabajador de "nuestra" común democracia. Se cuidan de ocultar que es ésta la democracia de la burguesía y los banqueros de determinados grupos políticos y estancieros, que es éste un régimen de similar naturaleza explotadora y opresora que el imperialismo yanqui del que depende.

Cualquier búsqueda de fortalecimiento del pueblo trabajador en procura del logro de sus anhelos e intereses no pueden tirar por la borda las características inherentes a este sistema de explotación y opresión.

El hecho de que la sociedad uruguaya constituya hoy una composición específica de su ser capitalista no puede, obviamente, hacernos olvidar de cuáles y cómo son sus estructuras fundamentales. Ni cuál es el camino que conduce verdaderamente a la emancipación.

· VIGENCIA DEL ANARQUISMO ·

Aun a conciencia de los tremendos peligros del estatismo moderno que destruye implacable los mejores y más preciados atributos y derechos de la personalidad humana, toda doctrina, filosofía o tendencia autoritaria, estatista, gubernamentalista, por liberal o progresista que se pretenda, cultiva el miedo a las experiencias societarias que marginan el poder político, partiendo de la premisa que condena a la humanidad a la servidumbre: la imposibilidad del orden social sin estado.

Al Socialismo Libertario le toca abrirse paso a través de prejuicios, dogmas y mitos arraigados en la conciencia del pueblo, que favorecen toda suerte de aventuras demagógicas y las desviaciones más catastróficas de movimientos y esfuerzos sanamente inspirados en afanes de libertad, de justicia, de bienestar, de paz.

El Socialismo Libertario tendría derecho pleno a exigir su prueba experimental, ante los fracasos de todas las formas de convivencia basadas en el privilegio y la desigualdad económica y en el poder de la institución estatal, que a su vez crea nuevos privilegios y clases dominantes, si la razón, si los sentimientos, si la voluntad de los pueblos, se negaran a repetir y practicar sistemas económicos y políticos que ya probaron su ineficacia a través de dolorosas realidades.

Por su incomparable capacidad crítica, por la certera visión con que señaló los destinos humanos en presencia del privilegio económico y del poder político, por el testimonio inapelable del proceso ascendente del despotismo estatal, por las reiteradas confirmaciones de sus argumentos contra el supuesto cientificismo marxista, por su oposición a intervenir en el engranaje funcional del poder, el anarquismo fue ubicado en el falso plano de las corrientes destructivas, valiosas para el combate y la crítica, pero desprovistas de idioma, de programa, de posibilidades creadoras, constructivas. . .

El anarquismo es una ideología en que no puede trazarse una línea divisoria entre su eficacia crítica y sus virtudes positivas, entre sus aciertos tácticos en la lucha cotidiana y su visión concreta de la sociedad que aspira a ser realizada, no pretendemos colmar los cuestio-

narios exigentes de aquellos que, antes de abandonar el yugo que los encadena al mito estatista, quisieran conocer y aprobar los planteamientos detallados de la reconstrucción libertaria, con garantía plena de sus bondades y de que no fallará en lo más mínimo.

Constructiva y creadora es una corriente de ideas que ayuda a los hombres a reconocer a los enemigos de su propio bienestar, las instituciones, costumbres y fuerzas que impiden el progreso, los caminos que por inercia conducen al fracaso de las mejores inquietudes.

Constructivo es un ideario que alienta la defensa de los derechos conquistados y que impulsa a la obtención de nuevos derechos; que despierta la fe en la capacidad realizadora del propio pueblo. . .

Creadora de posibilidades futuras es una doctrina social que trabaja en todas las capas de la población para que, sin esperar soluciones integrales de plazo indefinido, se sumen las voluntades en iniciativas y obras que, si mucho logran aliviando la carga de sistemas inicuos de expoliación económica, tienen por misión más honda y fecunda, enseñar al pueblo con ejemplos el rico potencial creador que podría desarrollarse sin la coerción que aplica el poder estatal.

De esencia constructiva es la tarea múltiple de cada día, que abarca desde la resistencia sin concesiones a todo régimen despótico hasta la creación de organismos populares de gestión directa en la economía, la cultura, el arte y otras expresiones de la vida de relación.

Esas cualidades positivas, que en su acervo ideológico y en su metodología lleva el anarquismo como movimiento realizador, tienen como complemento las soluciones señaladas por sus grandes teóricos y precursores, que en lineamientos generales concretaron, para las experiencias socialistas anteriores y siguientes a la revolución, las formas prácticas de organizar la vida económica, encarar los problemas del alimento, la vivienda, el vestido, los servicios útiles, la defensa de las conquistas revolucionarias, aprovechando y transformando instituciones existentes para fines creadores, para sumarlos a los nuevos organismos que surjan. . .

Para certificar la posibilidad de una organización social libertaria, el anarquismo no necesita apelar el recurso de definir al ser humano como dotado de todas las virtudes morales, en oposición a los exégetas de la fuerza para dominar los instintos y encauzar la "lucha selectiva" por la existencia, sino que aspira a crear las condiciones ambientales y medios de convivencia que posibiliten al individuo, a la vez que el bienestar, inconcebible sin libertad, su constante superación moral.

... en las grandes conmociones revolucionarias, fueron organismos populares de gestión directa —como las Secciones en el París del 89, los Soviets en la Rusia de 1905 y 1917. . . los Consejos y Colectividades de la España del 36, etc. quienes les dieron expresión creadora y sentido liberador; su liquidación no se debió nunca a la incapacidad del pueblo, sino a la ingerencia del poder dominante o al resurgimiento de viejas o nuevas castas gobernantes.

El Socialismo Libertario ha preconizado siempre la capacitación y preparación de los trabajadores y técnicos, señalando las funciones que, los Sindicatos, las Cooperativas, las sociedades comunales y vecinales, los institutos de enseñanza y de investigación, y tantos grupos asociados existentes al margen del Estado, podrán desarrollar en la sociedad liberada.

.. Para reconstruir sobre bases socialistas libertarias la vida de cualquier país, es esencial dejar que el pueblo que produce, consume y tiene múltiples necesidades espirituales, intervenga por sí mismo en la gran empresa, sin confiar en milagrosas transformaciones definitivas.

.. Todas las experiencias preparatorias posibles hoy deben ser estimuladas, aun cuando la realidad enseña que los intereses del mundo capitalista y el poderoso monopolio del poder de Estado, se oponen a su desarrollo, precisamente, por las consecuencias que pueden significar para la estabilidad de los regímenes imperantes. El concepto y la estrategia revolucionaria, tienen su justificación en la necesidad de suprimir los obstáculos para poder realizar transformaciones de trascendencia.



BAkunin

DEMOCRACIA REPRESENTATIVA
SUFragio UNIVERSAL

Con el establecimiento del sufragio universal se cree haber asegurado la libertad de la población. Pues bien: esa ha sido una gran ilusión.

Toda la mentira del sistema representativo descansa en la ficción, según la cual todo poder y toda cámara legislativa surgidos de una elección popular deben y hasta pueden representar la real voluntad del pueblo.

. . . En todas partes, por igualitarias que sean nuestras constituciones políticas, es la burguesía quien gobierna: el pueblo de los trabajadores, incluidos los campesinos, obedece sus leyes. . . Por tanto, la igualdad política no es, . . . en parte alguna, nada más que una pueril ficción, una mentira.

. . . Lo que es cierto respecto de las academias científicas lo es también respecto de todas las asambleas constituyentes y legislativas, aun cuando hayan surgido del sufragio universal. Este puede renovar su composición, es cierto. Pero eso no impide que en pocos años se forme un cuerpo de políticos, privilegiados de hecho y no de derecho, que entregados de modo exclusivo a la dirección de los asuntos públicos de un país terminan por constituir una especie de aristocracia o de oligarquía política.

. . . El sufragio universal . . . es la exhibición más amplia y a la vez más refinada del charlatanismo político del Estado: un instrumento peligroso, sin duda, y que requiere una gran habilidad por parte de quien se vale de él, pero que, cuando es bien empleado, representa el medio más seguro para hacer que las masas cooperen en la construcción de su propia cárcel. Napoleón III basó todo su poder en el sufragio universal, y éste nunca traicionó su confianza. Bismarck ha hecho de él la base de su ingenio. . .



M. Bakunin.-

. . . La verdad, hoy reconocida hasta por los déspotas más tontos, es que las formas llamadas constitucionales o representativas no constituyen en modo alguno un obstáculo para el despotismo estatal, militar, político y financiero; al contrario, legalizan el despotismo y, al darle la apariencia de administración popular, pueden

aumentar de manera considerable su fuerza y su poder interior.

“El sufragio universal es la contrarrevolución. . . No podía ser de otra manera”. No, no podría ser —y aún hoy no podrá ser— de otra manera, en tanto la desigualdad de las condiciones económicas y sociales continúe prevaleciendo e la organización de la sociedad, en tanto la sociedad continúe dividida en dos clases; una de las cuales —la clase explotadora y privilegiada goce de todas las ventajas de la fortuna, de la instrucción y del ocio, y la otra, que comprende toda la masa del proletariado, sólo comparta el trabajo manual forzado y agobiador, la ignorancia, la miseria y su obligado acompañamiento: la esclavitud, no de derecho, sino de hecho.

¿Quiere decir que nosotros, socialistas revolucionarios, no queremos el sufragio universal y preferimos, antes bien, o el sufragio restringido, o el despotismo de un solo hombre? Nada de eso. Lo que afirmamos es que el sufragio universal, considerado por sí mismo como actuante en una sociedad basada en la desigualdad económica y social, nunca será para el pueblo otra cosa que un señuelo, y que en manos de los demócratas burgueses nunca será nada más que una odiosa mentira, el instrumento más seguro para consolidar, con una apariencia de liberalismo y justicia y en detrimento de los intereses y de la libertad populares, la eterna dominación de las clases explotadoras y poseedoras.



Miguel Bakunin



LA VIOLENCIA REVOLUCIONARIA

Las revoluciones no son un juego de niños, ni un debate académico en el que sólo se enfrentan vanidades, ni una justa literaria en la que sólo se vuelca tinta. La revolución es la guerra, y quien dice guerra dice destrucción de los hombres y las cosas. Es indudablemente odioso para la humanidad que ésta no haya inventado aún un medio más pacífico de progreso, pero hasta ahora todo paso nuevo en la historia sólo ha podido realmente darse después de recibir el bautismo de sangre. Por lo demás, la reacción no tiene en este sentido nada que reprocharle a la revolución. Siempre ha derramado más sangre que ésta.

... Si la fuerza no logra obtener justicia para el proletario, ¿por medio de qué la obtendrá? ¿Ha habido alguna vez, no importa en qué época ni en qué país, un solo ejemplo de una clase dominante y privilegiada que haya hecho concesiones libremente, espontáneamente, sin verse compelida a ello por la fuerza o el miedo:

El predominio incesante y el triunfo de la fuerza constituyen la base. Y todo lo que en lenguaje político se llama derecho no es nada más que la ilustración del hecho creado por la fuerza.

La fuerza, la necesidad de la justicia violentamente impuesta: ese es el único argumento capaz de llegar al corazón de los burgueses.

CAPITALIS- MO

DEMOCRACIA BURGUESA Y

PROCESO REVOLUCIONARIO

Hace muchos años, cuando en el mundo gobernaban sólo reyes, hubo mucha gente que se hizo ilusiones con los parlamentos. Los reyes, hace un par de siglos hacían lo que querían, su voluntad era ley en los regímenes de monarquía absoluta que había en Europa y otros lugares en los años 1700 o al comienzo de los 1800. Entonces a muchos les pareció que la solución de todos los problemas estaba en que las leyes no fueran hechas por los reyes sino por los parlamentos, formados por representantes elegidos por el pueblo.

“Si el pueblo es el que elige, en elecciones libres, a los que van a hacer las leyes —decían— éstas tendrán que contemplar los verdaderos intereses del pueblo. Será la mayoría popular y no el antojo de los privilegiados —entonces eran los nobles— gobernando por boca de un rey, lo que regirá los destinos de todos.” Fue una hermosa ilusión. Y por eso duró bastante. Fue una buena intención y por eso el pueblo fue, una y otra vez, a la lucha, a la revolución, buscando imponer regímenes liberales, que consagraran la “consulta al pueblo, el gobierno de los representantes del pueblo, la democracia”.

Pero el liberalismo que eso quería, tenía una falla grande, que con el tiempo aparecería clara. El liberalismo democrático se fijaba sólo en el aspecto político, en la igualdad de los derechos políticos. Lo único que pedía era que todos tuvieran el mismo derecho a votar. Se fijaba sólo en la desigualdad política, que quería convertir en igualdad, en democracia, y no se fijaba en los otros aspectos, tanto o más importantes de la desigualdad. La desigualdad social, la desigualdad de riquezas, el hecho de que, en el mundo capitalista que nacía, unos eran explotadores y otros —la enorme mayoría— eran explotados.

Y eso no pasó por casualidad. Es que atrás de las doctrinas liberales estaba la burguesía, que entonces emergía como clase, ya poderosa socialmente por su riqueza en el comercio y la industria y que quería ser también predominante en el aspecto político. Quería el poder.

Pero en el poder, estaban los reyes y la nobleza antigua, dueña, más que nada, de la tierra. Para luchar contra ellos, la burguesía ascendente necesitaba apoyo, y lo buscó en el pueblo. Y lo encontró, porque la ideología burguesa, las teorías políticas de los burgueses le prometían al pueblo, precisamente, lo que todo pueblo ha deseado, aquello a que todo pueblo ha aspirado a lo largo de toda la historia del mundo: la justicia, la igualdad para todos.

Es decir que las teorías, las ideologías burguesas, la crítica burguesa de la antigua sociedad de los nobles terratenientes, eran parciales y, por eso, engañosas. Señalaban sólo las desigualdades políticas —y en eso tenían razón por eso el pueblo les dio la razón— pero no señalaban las otras desigualdades: las sociales, las económicas.

La prédica burguesa, el pensamiento burgués fue, digamos así, un pensamiento tuerto. Miró para un lado sólo. Miró para lo político, pero cerró los ojos ante la explotación económica. Porque ver eso, mostrar eso, no les convenía a los burgueses, que en la explotación del trabajo ajeno tenían la fuente de su poder. Por eso escondieron ese aspecto, tan decisivo del problema.

Cuando, pasando el tiempo, la burguesía entró a ganar, cuando empezaron a imponerse regímenes de tipo liberal con parlamentos, con presidentes, las cosas empezaron a verse más claras. Los trabajadores empezaron a ver que, bajo los regímenes liberales, seguía habiendo desigualdades, a veces más grandes que antes, seguían habiendo injusticias, explotación y pobreza.

Y todavía no habían caído los últimos reyes —que algunos quedan todavía hoy— y ya los primeros pensadores socialistas decían que la igualdad política era imposible, era una utopía sin la igualdad económico-social. Que mientras hubiera ricos y pobres, explotadores



y explotados, de nada servía tener la igualdad en el voto. Que la igualdad verdadera, que el pueblo siempre ha querido y quiere, no se puede conseguir votando. Que hay que conquistarla con la pelea.

Es que la utopía liberal democrática del gobierno “del pueblo, por el pueblo y para el pueblo” no ha pasado de ser eso: una apariencia, una ilusión. Apariencia tras la cual quienes realmente detentan el poder son las clases dominantes. ¿Cómo podría suceder de otro modo si esas mismas clases son las que concentran la riqueza, el poder económico, el predominio social?

La burguesía, dueña de los medios de producción, también intentó apropiarse de la soberanía popular. Organizó y promovió sus partidos, creó sus diarios, controló todo el aparato cultural y publicitario. A través de éste, manejó las campañas electorales con el mismo criterio y los mismos métodos con que promueve las campañas para vender un televisor o una coca-cola. Así como se coloca un producto comercial, así, también se coloca una candidatura.

Todos sabemos cómo los mecanismos publicitarios hacen aparecer como un sabio al que a veces nada sabe, como defensor del pueblo al reaccionario más furibundo. Cómo se construyen, a través de propagandas persistentes y “técnicamente” asesoradas, “imágenes” adecuadas, a la medida, de los candidatos para los que se recaba el voto popular. Fulano es “el hombre que realiza”. Mengano será “un político distinto”. Zutano “el que se puso los pantalones”. Y así sucesivamente. Todo ello al amparo de una situación fundamental: el alejamiento sistemático del pueblo, su apartamiento cuidadoso y metódico de todo lo que sea participación en los “problemas de gobierno”. La exclusión de todo aquello que tiene que ver con la decisión de los verdaderos problemas.

La participación del pueblo en la decisión de los problemas que lo afectan, el ejercicio de su “soberanía” se limita, dentro de las constituciones y leyes burguesas, a votar (aquí cada cinco años) y acatar, después, lo que decidan sus “representantes”. En la decisión de las cosas grandes, como en las cosas chicas, al pueblo, una vez que se hicieron las elecciones, no se lo consulta para nada. Una vez que eligió a sus “representantes” tiene que acatar lo que éstos resuelvan. Y sí, como pasa habitualmente, éstos actúan contra los intereses de sus “electores”, porque en realidad son personeros de la minoría privilegiada, hay que tener paciencia y esperar hasta las nuevas elecciones para intentar “cambiar”.

Al pueblo se le sugiere que los grandes problemas del país son demasiado complicados para que “cualquiera” entre a decidir sobre

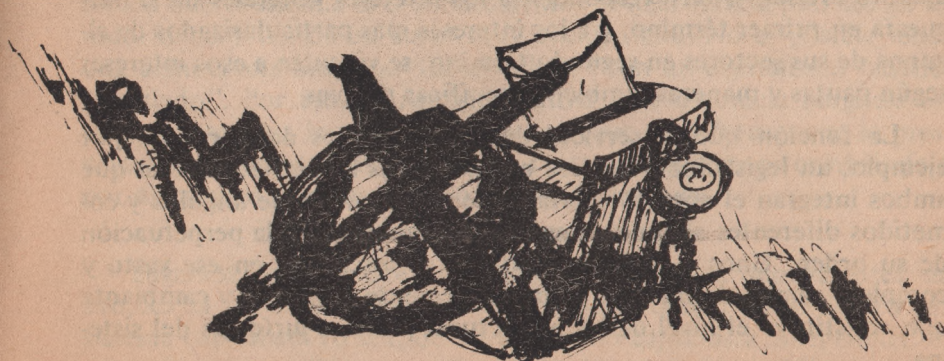
ellos. Los únicos que pueden decidir son unos cuantos “representantes” que parecían estar dotados, no se sabe por quién, de inteligencia y facultades sobre humanas para conocer, ellos sí, toda clase de problemas y sus “mejores” soluciones. La realidad desmiente esta suposición. No es la capacidad sino la fidelidad a ciertos intereses lo que asegura a los políticos su predominio, a veces muy largo, en la administración pública. . .

Por otra parte, en los hechos, el poder real que les va quedando a los “representantes del pueblo” es cada vez menor. La autoridad tiende a concentrarse, cada vez más, en manos del Poder Ejecutivo, en manos de los presidentes y sus ministros, asesorados por los equipos de técnicos (que a veces no lo son tanto) que los rodean. “Asesoramiento técnico, por gente ‘preparada’ y decisión rápida por un Ejecutivo fuerte” es la receta “moderna” en materia de gobierno. Receta que en nuestro país se ha entrado a aplicar, en estos últimos años, con los resultados que a la vista están. El Parlamento es una institución en decadencia.

Los parlamentos, las elecciones, que la burguesía reclamaba cuando luchaba contra las antiguas clases dominantes para conseguir apoyo del pueblo, hoy ya juegan un papel muy secundario.

Las elecciones son vastas maniobras publicitarias, de tipo carnavalesco, para conseguir la “extracción sin dolor” del voto. El Parlamento, una forma institucional cada vez más hueca, que es puesta como un biombo para esconder a los ojos de la gente los manejos de los que realmente mueven los títeres desde atrás.

las instituciones de la burguesía sólo a la burguesía pueden servir



elecciones, parlamento, piezas del sistema

Las clases dominantes no constituyen un todo compacto, un bloque totalmente homogéneo. En su interior surgen y se desarrollan toda clase de contradicciones secundarias, que no llegan nunca a enturbiar la clara percepción que tienen de su contradicción fundamental con las clases dominadas, a las que explotan.

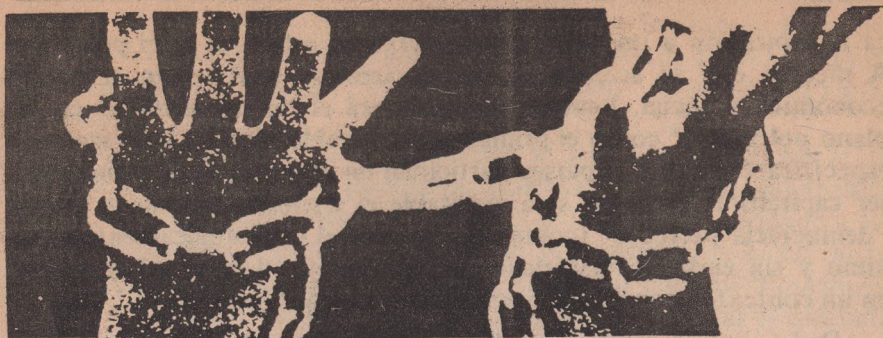
Las contradicciones internas de las clases dominantes reflejan y traducen la índole esencialmente contradictoria del sistema capitalista. La acumulación privada e infinita de riquezas (que es sinónimo de poder social y generalmente, de poder político, engendra, en la esencia misma del sistema, la competencia. Y la competencia conlleva la contradicción, la expresa. Todo el sistema capitalista es competitivo: "sociedad de lobos" se lo ha llamado con justicia. Competencia que enfrenta a unos individuos, a unos hombres, con otros, pero que también enfrenta unos intereses con otros, unos grupos de intereses con otros, unos sectores burgueses con otros.

En esos enfrentamientos radica una de las razones fundamentales que explican la existencia de distintos partidos y fracciones políticas burguesas, en todos aquellos lugares en que el sistema ha adquirido cierto grado de desenvolvimiento y madurez. Sería erróneo, sin embargo, suponer que existe una correlación directa, una correlación causal y mecánica, entre los intereses de tipo económico y su expresión política.

Lo político constituye un nivel específico y autónomo de la realidad. Por eso los partidos, así como los órganos e instituciones del

aparato estatal, si bien responden a los intereses generales de la burguesía en primer término, y a los intereses más particularizados de algunos de sus sectores en segundo término, se vinculan a esos intereses según pautas y maneras también específicas propias.

La función que al servicio de esos intereses desempeñan, por ejemplo, un legislador o un jefe militar, no es la misma; por más que ambos integran el aparato estatal y contribuyan desde ángulos y cometidos diferentes al funcionamiento del sistema y a la perpetuación de su orden. Unos y otros componen, se inscriben, en ese vasto y complejo campo de fuerzas, permanentemente dinámico y cambiante que constituye el nivel de las estructuras político-jurídicas del sistema.



Al tiempo que ofician como gran operación de mistificación del poder burgués, como cobertura de la real situación de dominación burguesa, las elecciones constituyen uno de los mecanismos a través de los cuales los distintos sectores burgueses ventilan sus contradicciones, uno de los terrenos donde confrontan sus fuerzas. Por eso la “democracia” se hace tanto más factible cuanto más desarrollado está el sistema. Porque se hace necesaria una forma falsa y desviada de “participación popular”, una forma de extraviar y expropiar la soberanía popular. Esa soberanía popular que la burguesía instrumentó conceptualmente, o impulsó, cuando luchaba contra los viejos dominadores del mundo feudal pre-capitalista. Y luego pervirtió cuando ella llegó a ser clase dominante fundamental. Las elecciones, la “democracia” también son útiles para el sistema, porque se hace necesario un campo a nivel político donde dirimir, conciliar, resolver las contradicciones entre los distintos sectores burgueses. Y la institución más adecuada para ello es el parlamento.

Por supuesto, en nuestros países latinoamericanos en los que el capitalismo no es ni será nunca plenamente desarrollado; en países en los que el sistema es el subdesarrollo, la democracia política ha tenido, tiene y tendrá un curso muy accidentado. No es posible tener una democracia burguesa “desarrollada” con un capitalismo “subdesarrollado”. Por eso, en América Latina, la democracia burguesa es, doblemente, una impostura. Tan es así que, con frecuencia, se prescinde expresamente de ella como forma de gobierno, cambiándola por dictaduras abiertas o más o menos disimuladas.

Digamos de paso que así como, en los países dependientes, es utópica la pretensión de un desarrollo económico pleno dentro del sistema capitalista (o sea, de un desarrollo capitalista independiente, caro a los desarrollistas y nacionalistas burgueses), también es utópi-

ca la aspiración a una democracia burguesa estable a nivel político. A medida que se acentúa el “subdesarrollo” relativo, en el plano económico y social, también se acentuará el “subdesarrollo” en el plano político. Y como el primero es inevitable (porque es la manera específica como estos países participan en el sistema, su manera de ser capitalista, digamos) será inevitable el segundo. No puede haber “democracia perfecta” (como se decía en el cronológicamente próximo y sin embargo históricamente tan lejano “Uruguay batllista”) en un contexto económico-social cada vez más “imperfecto”.

Dado que el “subdesarrollo” económico, social y político es nuestra forma de ser capitalista, sólo podremos superarlo superando el capitalismo, instaurando revolucionariamente el socialismo. Sólo puede haber verdadera democracia a nivel político (“gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo”) en un sistema realmente socialista. Verdadera democracia, no el viejo cuento desviacionista y engañoso del liberalismo burgués. Democracia que entraña una real y auténtica participación del pueblo en la gestión y dirección de los asuntos de la comunidad, en sus diferentes aspectos, en el marco de una organización social igualitaria y libre, con una economía colectivizada y planificada.

Sólo puede haber verdadera igualdad política si hay igualdad social y económica. Y estos objetivos que sólo pueden lograrse a partir de un proceso que se inicia con la destrucción revolucionaria del “orden burgués”, no tienen nada que ver con la democracia parlamentaria de la burguesía.

cortinas de humo

Circulan insistentes rumores de que podrían ocurrir éstas o las otras cosas, a partir de las “vitales resoluciones” que los “padres de la patria” estarían por adoptar” Se reúnen comisiones, asisten los ministros, se formulan declaraciones, se pronuncian discursos “memorables”... y se pasa a cuarto intermedio...

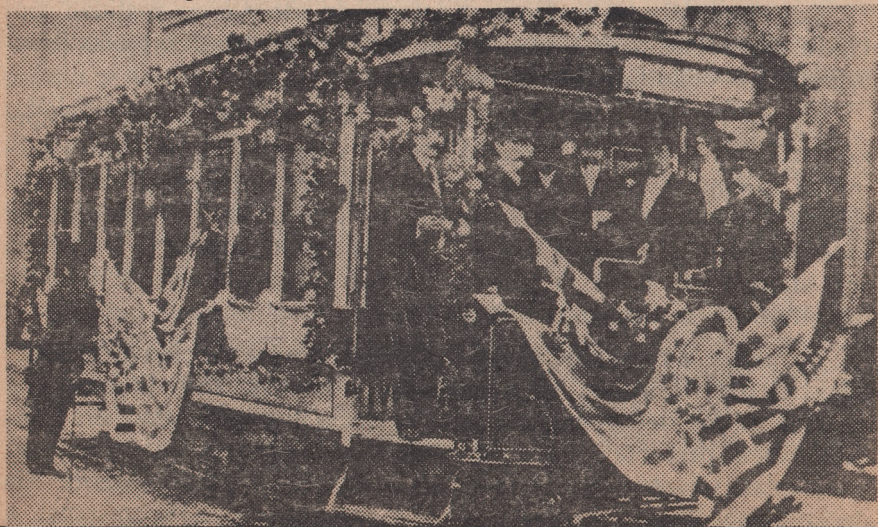
Así se hace durar la expectativa. Expectativa que siempre los beneficia a ellos, porque distrae y desvía a la gente del único quehacer políticamente útil: organizar y desarrollar la movilización, la lucha.

A través de estas jugadas, tan repetidas en estos últimos tiempos, repetidas cada vez que los que mandan cometen un atropello bien evidente, se persiguen diversos objetivos. Por supuesto, paralizar o al menos diferir la respuesta popular, a la espera de lo que pueda pasar en las “altas esferas” políticas. Así, mientras la gente espera, ellos

tienen las manos libres para seguir actuando. Incluso se logra así interferir la previsión estratégica, la planificación de la lucha, subordinándola a que haya un “panorama más claro” en el ámbito parlamentario.

De esta manera se intenta, y a veces se consigue, agarrar por la cabeza a las movilizaciones populares. Trasladar el centro de las decisiones a políticos influyentes, que después se hacen humo dejando a todo el mundo en la estacada. Se intenta así apaciguar la lucha, sustituirla por las negociaciones e intrigas; conseguir apoyos “fundamentales” o “aliados” arriba, en lugar de preparar y organizar el combate abajo. Se quiere depositar, otra vez, las decisiones en las temblorosas manos de viejos y vacilantes personeros liberales, que quieren usar las movilizaciones populares como el elemento de chantaje y negociación en sus turbios ajetreos politiqueros. Los mismos que han sido un cero a la izquierda durante estos últimos y largos años.

Por supuesto que alguna utilidad tienen estos episódicos gestos que, a medida que pasa el tiempo, se van convirtiendo más bien en muecas, de los parlamentarios opositores, o más o menos opositores. Entre otras cosas sirven para demostrar su total impotencia. Para poner en evidencia, a los que todavía creen en ellos, que no saben en qué país viven. Pensamos que, aunque según dicen, “soñar no cuesta nada”, han pasado aquí demasiadas cosas para que alguien pueda darse, impunemente, el lujo de seguir vendiendo el tranvía de la “vigencia de las instituciones” y la “salvaguardia de la constitución”, cuando lo que se está viviendo es un régimen dictatorial, apenas velado con chácharas jurídicas.



Declaraciones, muchos pronunciamientos y congresos que harán nuevas declaraciones. Y esperar que llegue la salvación... electoral. Esa es, ahora, la perspectiva de los liberales y sus aliados reformistas. Ellos no pueden concebir o aceptar otra. Comprenden que su política sólo puede aparcer como verosímil en el marco de la legalidad burguesa; que tratan de rescatar de su naufragio actual. Cuando las clases dominantes recurren al empleo descarnado de la arbitrariedad y la fuerza, liberales y reformistas se aferran, desesperadamente a la "fuerza" de la ley... burguesa.

Y pretenden que es "aventura" o que es "prematureo", actuar en consonancia con una realidad que es inocultable y que entraña la ruina de la compleja estructura de poder político que, en épocas "prósperas", construirá el liberalismo para encubrir el verdadero funcionamiento del sistema. En la medida en que se prenden a aquella ilusión liberal, condenan a quienes los siguen a la pasividad, a no entender lo que está pasando y por lo tanto, poder actuar con eficacia.

Una teoría peligrosamente confusionista es la que presenta al electoralismo parlamentarista como complementario de la verdadera lucha popular. Quienes sostienen esto plantean la necesidad de "utilizar todas las formas de lucha", de "emplear todos los métodos" para "crear conciencia en el pueblo".

Este razonamiento desconoce realidades evidentes: la realidad de que el poder, dentro del sistema, es monopolio de una pequeña minoría. La verdad de que la mejor democracia burguesa es sólo una dictadura de la burguesía.

Las elecciones, el parlamento, tratan de adornar esa realidad, tratando de hacerle creer al pueblo que la voluntad de esa minoría privilegiada es la voluntad del mismo pueblo.

Eso lo ha ido viendo mucha gente. A veces, en épocas "prósperas", cuando el sistema funciona "bien" y las clases dominantes acumulan ganancias, pueden hacer por la vía del parlamento, concesiones, reformas. Entonces la burguesía es "progresista" y "liberal". En esos períodos se tiende a confiar, a creer que el sistema va a ser cada vez mejor, más justo. Y que los aspectos tremendamente injustos que presenta, se arreglarán más adelante.

Se tiende a creer que el sistema se puede ir perfeccionando desde adentro, pacíficamente, de a poco, con reformas. Todo el mundo se acuerda de los tiempos en que aquí se decía que el Uruguay era "una democracia perfecta". Pero las cosas cambian. Las épocas "buenas" son cortas, y largos, muy largos, los períodos en que el sistema deja de funcionar "bien". Entonces viene el deterioro económico-social. A



veces un deterioro sin vuelta, una crisis lenta pero permanente, como en nuestro país ahora. Una gradual pero sostenida caída. Y en esas condiciones la democracia llega a ser tan "imperfecta" que hasta desaparece. Se debilita tanto que sólo queda de ella el ropaje, la forma vacía. Sigue habiendo, si acaso elecciones. Pero en ellas el pueblo no decide nada. Porque a las clases dominantes sólo les queda, para conservar sus privilegios, seguir el camino de la reacción. Por él tienen que intentar marchar. Con elecciones o con dictadura abierta.

Pero están sucediendo cosas que, al mismo tiempo que son esclarecedoras, reveladoras, demostrativas de verdades y realidades mucho tiempo ocultas, condenan sin apelación, a concepciones y modalidades políticas que ya no son viables. Y quienes intentan viabilizarlas se ven obligados a salirse, cada vez más evidentemente, de la realidad. A exilarse en un mundo de fantasías. Lo que resulta imperdonable, es seguir divulgando fantasías cuando tanta necesidad se tiene, y tanta urgencia, de actuar con realismo. Con realismo y con valor, ya que la realidad que enfrentamos no es, por cierto, nada halagadora o fácil.

Cuando decimos estas cosas es porque estamos siguiendo, en los hechos y no desde ayer o anteayer, por cierto, el camino que estamos señalando. Es marchando por esa senda, difícil y larga, que se aprende a valorar el alcance tremendamente nocivo de las charlatanerías que ofrecen aperturas "fáciles" a situaciones difíciles. A visualizar los enormes peligros que encierra seguir la línea de la menor resistencia cuando se aspira, realmente, a lograr un cambio de fondo que permita al pueblo salir del pantano donde, cada vez más lo hunden.

Por eso siempre hemos planteado que el triunfo del pueblo sólo se conquistará a través de una lucha prolongada y difícil. Con avances y retrocesos. Con períodos en los que hay más victorias que derrotas. Pero también con etapas en las que se sufren golpes duros. Una lucha larga en la que se necesita perseverancia, valor y capacidad para utilizar con eficacia la experiencia acumulada.

Se avanza cuando crece la organización, cuando aumentan los medios para actuar en todos los terrenos. Mejorando las condiciones para promover y desarrollar la movilización del pueblo en el marco de una realidad caracterizada por los desesperados esfuerzos represivos de la reacción. Se avanza cuando a pesar de esos esfuerzos, se va logrando superar las vallas que se nos oponen. Se va logrando la adecuación de nuestros métodos de trabajo a las nuevas situaciones que se van creando. Cuando se logra desarrollar una práctica cada vez más extensa y profunda, en consonancia con una línea política que la experiencia convalida de modo cada vez más claro.

En eso estamos. Y como no puede ser de otra manera, cada vez somos más los que estamos. Por eso y aunque en lo inmediato el enemigo pueda aparecer muy fuerte, sabemos que su derrota es segura.

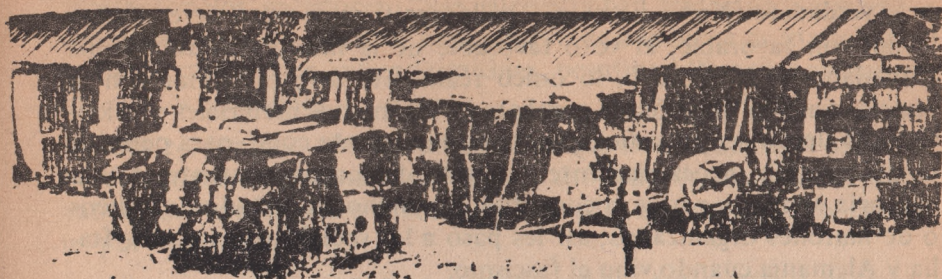
Es, entonces, fundamental disipar equívocos confusionistas que sólo contribuyen a acumular obstáculos es el camino de la lucha. Denunciar claramente los intentos de desviar hacia presuntas "soluciones" parlamentarias, hacia falsas vías electorales, la atención y las energías que deben concentrarse en el combate. Porque sólo con claridad en la perspectiva y perseverancia en la acción, se acortan los plazos que separan al pueblo de la victoria.

la paja y el trigo

Si la burguesía domina no es porque tenga el gobierno a través de las mayorías electorales que sus personeros consiguen, sino al revés, sus personeros tienen habitualmente el gobierno y logran mayorías electorales porque la burguesía tiene el poder.

Un poder que no está en juego en las elecciones. Poder burgués que sólo empieza a estar cuestionado cuando se lo ataca con medidas concretas, reales, que no surgen automáticamente del hecho de votar. Que pueden darse antes o después de las elecciones, en cualquier oportunidad, aun sin elecciones como ha sucedido en todas las revoluciones que en el mundo han sido. Que siempre históricamente se han dado revolucionariamente, sin elecciones.

Lo que se hace en una elección es elegir gobernantes que después —sólo después— posiblemente empezarán a atacar (si cumplen sus promesas) las bases del poder burgués, los fundamentos del sistema. Si eso sucede, decíamos, es cuando la máscara de la legalidad burguesa, la ficción jurídica, se derrumba. Y ahí sí empieza la lucha por el poder real. Ahí la clase dominante muestra su juego real, su juego constante casi siempre oculto tras el telón de las "formas democráti-



cas de gobierno". Y ahí utiliza a cara descubierta su verdadero poder.

En su lucha contra el pueblo en el marco de la "ley" que ella inventó, la burguesía tienta al pueblo con la hueca ilusión de los "cargos electivos" y guarda celosamente para sí los verdaderos instrumentos de poder. Esos los usa en el "segundo tiempo", si en el primero, el tiempo carnalesco de las elecciones, no consiguió ganar. Esos instrumentos de poder, de verdadero poder, sí no los suelta nunca por las buenas, porque en eso le va la vida.

¿Cuáles son esos instrumentos? Lo sabemos. Primero el monopolio de la fuerza, el monopolio de la violencia, que significa el control estricto de las armas y de quienes puedan manejarlas. Segundo el monopolio de los resortes básicos de la economía, de la riqueza (campos, fábricas, bancos) a través de la propiedad privada de los medios de producción, que es la razón de ser de la burguesía, el medio para su supervivencia como clase explotadora. El control de la fuerza garantiza el control de la riqueza y viceversa. Para quitarle su riqueza (sin ello no hay justicia posible) hay que quitarle su fuerza, romperle los dientes, y para eso hay que crear otra fuerza.

Tienen que haber muchos hombres armados y capaces de usar sus armas. Tiene que haber mucha gente dispuesta a paralizar la vida económica (que es la sangre del sistema) con la huelga. Muchos dispuestos a largarse a la calle, a romper el "orden público" (que es su sistema nervioso). Tiene que haber un sector grande el pueblo dispuesto a luchar, ahí sí, por el poder, por el poder real.

Y todo esto muy poco o nada tiene que ver con el voto. Si se está dispuesto a hacerlo poco importa si se votó o no. Poco importa, incluso, a quién se votó. Si no se está dispuesto, de nada sirve el haber votado a la "izquierda" porque nada se habrá avanzado realmente con eso sólo.

Este, que es el razonamiento de todos los revolucionarios, sean de la extracción ideológica que sean, es el único razonamiento realis-

ta y verdadero. No es necesario, nada significa, de poco sirve el tener la opinión favorable, el voto favorable de la mitad más uno de los ciudadanos. Lo decisivo, lo único realmente útil, es contar con la conciencia y la decisión de combate (y los medios materiales y psicológicos) de un sector suficientemente importante como para permitir la destrucción, necesariamente violenta, del orden existente. A una mayoría inerme y pasiva la corre con el poncho un puñado de milicos o de matones organizados; así les pasó a los socialdemócratas de Italia y Alemania cuando vino el fascismo.

Por supuesto, lo hemos dicho muchas veces, la revolución no es un milagro súbito que sucede un día. Surge de un proceso de lucha (a veces, como aquí, un proceso largo) que tiene necesariamente distintos niveles y momentos. Que incluye organización y movilizaciones de masas, huelgas, actos, prédica teórica, propaganda. Que incluye acciones violentas de distinto tipo, preparación de cuadros militares, adquisición de medios técnicos. Niveles distintos, que deben armonizarse en una estrategia adecuada tácticamente a las circunstancias. Es haciendo eso que realmente se avanza. Y con este proceso nada tienen que ver los resultados electorales. No hay que confundirse.

¿otra vez las elecciones?

Se desarrolla una amplia campaña publicitaria.

¿A qué obedece esta nueva y “esperanzada” alternativa que se pretende, tan trabajosamente, echar a andar? Naturalmente, a demostrar la existencia de un camino “pacífico” para superar los angustiosos problemas que el pueblo padece.

Se quiere, de nuevo, convencer a la gente de que todo puede arreglarse sin recurrir a violencias “ajenas a nuestra idiosincracia”. Por supuesto, lo que la policía practica no es violencia sino “defensa del orden”... “La violencia es estéril, nada soluciona”, dicen unos. Todavía no se dice lo que se piensa decir: “vote a Fulano o Mengano, que él arreglará todo”. ¿Cómo, cuándo? Eso nunca se explica.

Se han definido, justamente, a las elecciones, como la extracción, sin dolor, de la soberanía del pueblo. Si éste intenta recuperarla, siempre les queda a las clases dominantes el recurso de los métodos más dolorosos. Eso está visto y sabido.

Pero también desde el rincón de los reformistas se dicen —más bien se murmuran, por ahora— comentarios que, en definitiva, con-

vergen con los anteriores. “Las guerrillas han fracasado —arguyen— dediquémonos de una vez, exclusivamente a la lucha de masas”. Por lucha de masas ellos entiende mitines, pegatinas, “batallas parlamentarias”... y elecciones.

Los reformistas quieren hacer creer que su política es el único tipo de actividad de masas posible y de ahí deducen sus famosas alternativas de “elecciones o metralleta”... en las que optan, naturalmente, por “elecciones”.

El mejor camino a tomar es, según ellos, el “pacífico”. Nada de huelgas “violentas”, nada de “disturbios” ni barricadas, nada de “atentados” ni “conspiraciones”. Lo que, hablando en plata, quiere decir “esperar y aprontarse para la elección”.

Todos se esfuerzan en convencer a la gente de esa “verdad”, de que ése es el único camino posible.

Comencemos por el principio. En primer término hay que aclarar algo. Las guerrillas no han fracasado en América Latina. Las guerrillas siguen operando. Lo que sí han fracasado son las ilusiones cortoplacistas de quienes se imaginaron que el método de la lucha guerrillera podía, por sí solo, operar milagros. Que empleándolo se podía prescindir, sin problemas, de toda otra forma de acción. Que el foco armado, por su sola existencia, iba a generar, mecánicamente, los demás elementos y condiciones necesarios para la destrucción del poder burgués (“partido”, movimiento de masas, etc.). Que basándose en eso era posible prescindir de definiciones políticas claras frente a los reformistas.

Por supuesto, esta rectificación de errores, ha significado una revaloración de la actividad a nivel de masas y el desarrollo de una organización política independiente, claramente definida en el enfrentamiento a toda clase de corrientes reformistas.

Esto apareja, necesariamente, una adecuación de la acción a la particularidades nacionales, sin desmedro de la afinación de una estrategia global revolucionaria a nivel continental.



¿por todas las vías?

No se puede imitar. Hay que pensar con cabeza propia, creadora-mente, a partir de las condiciones concretas del país en que se actúa. Y actuar consecuentemente.

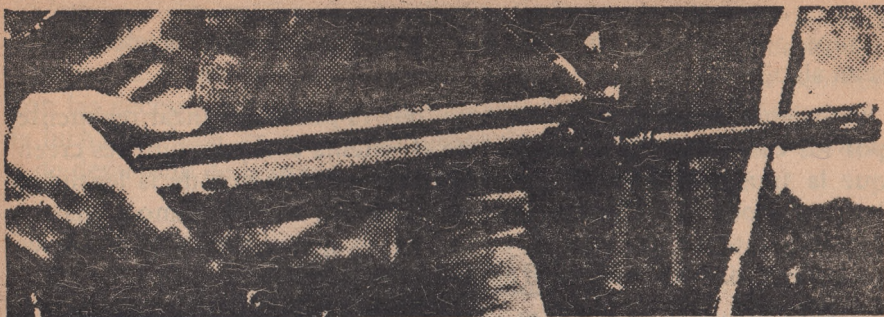
Una estrategia y una táctica, adecuadas a las realidades de nuestro país, sólo pueden surgir de la integración de la más absoluta firmeza de principios con la más cabal comprensión de las peculiaridades del medio donde van a insertarse la acción. Esto excluye todo apego dogmático a criterios invariables, formulados en abstracto, pero excluye también la actitud oportunista que vive buscando "modelos" fuera de fronteras. La actitud de quienes, ante cualquier experiencia política que les parece exitosa, se ponen a pregonar, sin más, su trasplante a nuestro medio, convirtiéndola en una especie de "moda" de ocasión.

Quienes sucumben a esa tentación incurren en el error de una cierta concepción mágica de la política. Suponen que invocando reiteradamente las fórmulas de "éxito" en otros países, en otros medios, en otras realidades, esas mismas fórmulas "mágicas" les van a dar el "éxito" también aquí... con realidades totalmente distintas.

Por supuesto, la consideración y valorización de las experiencias políticas de otros pueblos es importante. Una parte fundamental de los elementos constitutivos de las ideologías revolucionarias, consiste en la elaboración teórica de esas experiencias. Y si ellas están referidas a países de América Latina, con los que tenemos en común tantos problemas, aprovechar sus enseñanzas será siempre útil.

Pero una línea política seriamente elaborada no puede ser una sucesión de copias. Hay quienes no lo entienden así. Un día pregonan a los cuatro vientos la necesidad de trasplantar, sin análisis, sin adecuación al medio, la teoría del "foco" guerrillero que, dicen, se aplicó en Cuba. Otro día propondrán, como ejemplo a imitar, el "caso peruano". Y ahora, la "moda" de turno es el electoralismo. Lo único





que les importa es estar siempre en la "onda". Aunque para ello tengan que hacer las más arriesgadas demostraciones de "trapecismo" político.

Pero en estos últimos años ha corrido mucha agua bajo los puentes, han pasado demasiadas cosas aquí, en el Uruguay. Los mismos propulsores de esa línea se ven obligados a vestirla con el falso argumento de que es necesario "utilizar todos los medios" "todas las vías" simultáneamente.

Quienes lo formulan aparentan creer que los distintos "medios", las distintas "vías", son compatibles entre sí.

Suponen que el desarrollo de los medios necesarios para el desenvolvimiento de la lucha armada es compatible con la concurrencia a las elecciones. Que es posible impulsar una línea combativa a nivel de masas y "coronar" todo votando. Y ahí radica la falsedad de su planteo.

Concurrir a las elecciones no es sólo una "medida", un "medio" que se adopta en un momento determinado. No es algo que pueda integrarse en el conjunto de una línea revolucionaria como una instancia, un momento, de la aplicación de esa línea. La aceptación del planteo electoralista condiciona toda la acción política, con carácter permanente. Tanto la anterior como la posterior a las elecciones.

Lo que en definitiva se plantea agudamente ante cada elección, es la opción entre dos concepciones: la que sostiene que la transformación de fondo sólo se logrará por la vía violenta, revolucionaria, y la que sostiene que es posible por la vía de reformas pacíficas, "legales" realizadas a través del aparato institucional burgués.

Quienes creemos lo primero, quienes sostenemos que esa transformación necesaria sólo se logrará por la lucha popular, que a cierta altura del proceso reviste inevitablemente formas violentas, no po-

demos admitir que las preocupaciones y adecuaciones electorales sean algo positivo.

Quienes creen, por el contrario, que es posible avanzar realmente por los caminos institucionales que el sistema concede, quienes creen que la transformación puede procesarse en el marco de la legalidad burguesa, por la vía parlamentaria, harán del electoralismo el centro determinante de su política, ya que así es que se ganan las mayorías parlamentarias que para ellos constituyen el poder.

Para nosotros la lucha es algo claramente contradictorio con las elecciones. Y las tareas que plantea la necesidad de recoger votos son contradictorias con las tareas tendientes a promover e instrumentar, a todos los niveles, la acción unida y organizada contra las clases dominantes.

La “legalidad” vigente es la legalidad burguesa. Está hecha especialmente por y para las clases dominantes. Cuando se plantea su conservación, lo que en los hechos se está pidiendo, es la aplicación correcta de las reglas de juego... del enemigo.

Si se quiere tener “derecho” a votar, a presentar candidatos, hay que hacer de modo que todas las demás “formas de lucha” se adecuen a la “vía” electoral. Hay que subordinar todas las formas de lucha a la actividad y la perspectiva electoral.

El electoralismo no sólo “prohíbe” cualquier forma de acción armada. También condiciona, paralizándola y distorsionándola, la acción a nivel de masas. En efecto, aunque los problemas del pueblo sean angustiosos, aunque su disconformidad crezca, aunque las tensiones sociales se intensifiquen, siempre les será vital a los electoralistas canalizarlas en términos compatibles con la legalidad. De otro modo ésta correría peligro y con ella correría peligro también la “apertura” electoral.

El deterioro económico-social agrava las tensiones y genera la represión desde arriba. La lucha popular se radicaliza y al restringirse los márgenes “legales” tiende a salirse —y sale— de ellos. Esa es la dinámica real.

Para una posición revolucionaria, de lo que se trata es de impulsar e instrumentar ese proceso espontáneo de radicalización, tratando de que supere su etapa espontaneísta. Canalizándolo de modo que se plasme en formas organizativas (gremios, grupos de tendencia, organización política) en sus distintos niveles. Coordinando la acción en todos esos niveles desde un centro político común. Esto implica,

lo hemos dicho muchas veces, plan de lucha global para el conjunto del movimiento sindical; profundización de la acción de masas allí donde ella se dé; aplicación de métodos de acción directa acordes con las necesidades reales; consolidación de los avances políticos que la lucha produce, en forma de agrupaciones de tendencia combativa y de desarrollo de la organización específicamente política.

parlamento y lucha popular

Desde distintos ángulos se replantea para el próximo período la utilidad y la importancia del trabajo electoral.

Cuando se ha evidenciado, hasta el hartazgo que la “legalidad” buguesa es sólo un tenue velo que encubre la dictadura, vuelven a insistir en la importancia de su preservación. Cuando la ideología liberal, en suma, comienza a ser abandonada en los hechos por la propia burguesía que la creó y usó en su beneficio, los reformistas recogen sus formas vacías para construir con ellas obstáculos a la formación de una real conciencia revolucionaria.

En este sentido lo más negativo, quizá, es ese ilusorio “cortoplacismo” implícito en toda posición electoralista, que conduce de la mano a la aceptación de la viabilidad de una política de reformas graduales, convertidas en leyes, que vayan paso a paso, modificando las estructuras...

Algunos sectores de izquierda que en estos últimos años han promovido posiciones combativas también plantean ahora la conveniencia de la labor electoral. Esto marca un paso atrás. Un retroceso respecto del nivel alcanzado por la lucha.



Lejos de ser medio complementario y compatible con esas vías de acción, surgidas y consolidadas en la dura experiencia vivida en los últimos tiempos, la vía electoral implica el intento de sustituirlas.

La práctica electoral, al margen de intenciones, transfiere el centro de la preocupación al ámbito estéril de las combinaciones con reformistas y desarrollistas utópicos. Sectores erigidos ahora en protagonistas del momento "culminante" de un proceso, en cuyo desarrollo sólo ocuparon, en la realidad, el más que secundario papel de oscuras comparsas.

Del planteo electoralista se derivan consecuencias previsibles en los diversos aspectos de la actividad del movimiento popular. En materia programática parecería confundirse la finalidad y el sentido del programa adoptado por el conjunto del movimiento sindical y popular; el programa de la CNT.

La función de este programa es la de proporcionar objetivos concretos sólo conquistables por la movilización y el combate unido, obrero y popular.

Cumple el papel de una especie de programa mínimo cuya funcionalidad política radica en que permite una conjunción muy amplia de fuerzas por encima de banderías y límites político-partidistas. Pero esa conjunción de fuerzas, en torno a un programa mínimo, a nivel sindical, adquiere sentido en la medida en que habilita luchas, en que abre perspectivas para una experiencia amplia de acción a nivel de masas. Si no sirve como medio para estimular esa lucha por reivindicaciones y objetivos concretos tal programa simplemente pierde su función, deja de ser útil.

Para instrumentar la acción popular en el contexto de la pelea por la transformación de estructuras, la tendencia combativa del movimiento sindical y popular ha centrado su actividad en la exigencia y promoción de un plan de lucha del conjunto del movimiento.

A pesar de que existen condiciones en las bases, eso no ha podido lograrse aún. No ha podido lograrse debido a la labor de freno y fragmentación de las luchas practicadas por las dirigencias reformistas que operan dentro del movimiento sindical. En la misma línea de la oposición liberal parlamentaria.

Paradójicamente, en conjunto con estas corrientes reformistas y liberales es que ahora algunos sectores plantean que es posible desde un frente amplio, movilizar las masas. Que es posible, así, conseguir por el voto el programa del movimiento popular. El mismo que por las trabas impuestas desde fuera y dentro del movimiento sindical no

se estuvo en condiciones de conquistar en la lucha.

la victoria nunca es fácil ni barata

Para superar las circunstancias negativas, el “atraso” “subjetivo”, la “conciencia moderadamente reformista”, cuyo “descubrimiento” nos revelan ciertos “ilustrados” opinantes, se necesita algo más que turísticas reflexiones sobre el tema. Se necesita un trabajo tesonero y sacrificado que no podrá ser sustituido con ventaja por ninguna fórmula de cierta barata “magia” política en la que ellos se complacen. Ante la constatación de que la acción armada (que han practicado en forma de gargarismos. . .) no produce en dos o tres años el derrumbe del poder burgués, llenos de terrible impaciencia, dan rienda suelta a su imaginación buscando, urgentes aperturas “realistas”. Suponiendo quizás que la “novedosa” apertura electoral como quien dice “caída del cielo”, la victoria.

El atraso de las condiciones subjetivas, el bajo nivel de conciencia política que existe en amplios sectores no se supera, no se desarrolla con propuestas electorales, por más “bien presentadas” que sean. Se supera y se desarrolla con lucha. Con la experiencia de la lucha. Experiencia que se logra “bajando a la cancha” y no quedándose de mirones.

Los males del sistema, por padecerlos, los conoce de sobra el pueblo. Pero la manera de superarlos, destruyendo el sistema, tiene que aprenderla. Es en la lucha donde la gente se une defendiendo reivindicaciones, tratando de solucionar problemas que afectan a todos. Y es en esa lucha donde se ven los verdaderos amigos y los verdaderos enemigos. A partir de ahí es que se le abren los ojos a la gente, que avanza la conciencia política. La conciencia que interesa, que es la aptitud para combatir con dureza y habilidad empleando los medios adecuados, no la falsa “conciencia” que consiste en votar cada cinco



años y después irse tranquilo para la casa.

Con la formación de aquella conciencia de lucha choca, precisamente, el planteo electoral que resulta siempre estérilmente divisionista. Que por cuestiones de votos enfrenta una con otra a la gente; a propósito de una instancia de la que no puede deducirse ninguna ventaja decisiva para el pueblo. Con el riesgo, implícito en todo planteo electoral, de ilusionar al pueblo con el cuento de que lo que está en juego es el poder.

El poder, lo hemos dicho, no está en juego en las elecciones. Si así fuera, la burguesía no las admitiría nunca. El poder radica en la posesión de la riqueza y en el monopolio de la violencia y eso nunca se plebiscita en las elecciones. Todo eso la burguesía se lo guarda porque son los fundamentos de su dominación. Lo único que se plebiscita es el nombramiento para ciertos cargos "electivos". Y en ese sentido las clases dominantes tienen siempre la posibilidad de decidir si las opiniones expuestas por el pueblo, al votar, se aceptan o no. Si no las aceptan y el pueblo no está en condiciones de desarrollar una lucha revolucionaria violenta (única forma de destruir realmente el poder burgués), de nada servirán las mayorías electorales.

Subordinar la posibilidad de desarrollar medios de acción revolucionarios a la obtención de mayorías electorales, es pues, suicida o traidor.

El "saldo político" correcto, a deducir de las movilizaciones populares, no es la decisión de votar por tal o cual partido. Es la profundización de la conciencia de lucha, su elevación a conciencia revolucionaria y el desarrollo de los medios organizativos, y de todo tipo, que permitan seguir procesando la lucha a nivel más alto.

Pretender transformar la disposición para la lucha en disposición para el voto no es alcanzar un nivel más elevado de desarrollo político, sino dar un paso atrás en ese desarrollo.

Pretender, oportunistamente, fundar en la crítica al cortoplacismo de la acción armada, un cortoplacismo electoral, negando la acción armada, también es dar pasos atrás. La adquisición de un nivel de lucha armada en nuestro país no puede considerarse algo negativo. Quienes a esta altura del proceso nieguen la necesidad actual, vigente, de desarrollar formas de lucha armada, se estarán haciendo partícipes de una concepción claramente capituladora y contrarrevolucionaria.

Lo que se necesita aquí, en el Uruguay, ahora, es integrar la acción armada con la acción a nivel de masas. Superando todo planteo

unilateralmente excluyente. Conscientes de que, así como el electoralismo condiciona todo el conjunto de la actividad política, la aceptación de la lucha armada también condiciona las características de la acción en todos los otros niveles. Teniendo claro que hay una forma reformista de actuar a nivel de masas, claramente diferente a la forma revolucionaria de actuar a ese mismo nivel. Sin caer en el error de confundir toda forma de acción de masas con la forma reformista de actuar en las masas. Confusión que puede fundar el desprecio genérico por las masas y la sobrevaloración, excluyente, de la acción armada. Con todos los riesgos del aislamiento, y la generación de una dinámica negativa, que esa concepción errónea conlleva.

Todo esto que afirmamos ha ido quedando cada vez más claro a la luz de la experiencia de estos últimos años de dura pelea. Echar en saco roto esa experiencia pretendiendo retrotraer los términos de la acción política a nivel de 1966, es una nefasta utopía. La realidad de entonces ha muerto y ahora hay otra.

El proceso continúa y no podrá ser detenido duraderamente porque responde a motivaciones muy profundas, que tienen que ver con la estructura económico-social concreta que posee el sistema capitalista en nuestro país. El deterioro sostenido y gradual de esas estructuras condena de antemano toda perspectiva fundada en malabarismos más o menos "ingeniosos" a nivel electoral. Y garantiza la profundización de las condiciones favorables al desarrollo de una política revolucionaria.

El camino de ese desarrollo no es por supuesto ni fácil ni corto. Pero es el único. No bastarán todas las alharacas del reformismo y de quienes le hacen el juego, para oscurecer esta verdad con demagógicas promesas de victorias "fáciles y baratas". Estos años de dura pelea le han enseñado a mucha gente a desconfiar de estos cantos de sirena. Y en esa enseñanza se nutre, precisamente, la decisión de seguir peleando.



NO HAY DOS MODOS DE

AvANZAr



Cuando el nivel de la lucha decrece, vuelven al tapete planteos que, en etapas de movilización ascendente, pasan a segundo plano. Algunos se formulan como alternativas o interrogantes que se traen a colación sin darles respuesta expresa, como dando por sobreentendidas por evidentes sus soluciones. Muchas veces esas alternativas, aparentemente de hierro, esas interrogantes “ineludibles”, aparecen en boca de los reformistas o de revolucionarios “arrepentidos” que intentan extraer del balance de los hechos, conclusiones que confirmen su línea. Los propios términos en que se formulan, implican una toma de posición previa. Su planteo apenas disimula, frecuentemente, una intención más o menos falaz. Pero como todavía queda bastante gente que acepta, por inexperiencia o rutina, esas explicaciones, como en todo período de retroceso esos planteos recuperan parte de su auditorio, vale la pena acercarse con ánimo analítico a alguna de las más típicas de esas “alternativas”.

Retroceder para “recuperar (o “acumular”) fuerzas” o “agarrar la metralleta”. Habitualmente los reformistas entienden “agarrar la metralleta” como sinónimo de “hacer la revolución” y por extensión se lo aplican a todo lo que va más allá del recetario táctico consagrado por el uso de sus direcciones. Como “hacer la revolución” de inmediato no es posible, concluyen triunfalmente en la necesidad de un trabajo de “esclarecimiento” (actos, murales, conferencias, etc.) cuyo éxito es mensurable en número de adherentes o de votantes. Para realizar esa labor se necesitan libertades democráticas que, a su

vez, son inconcebibles sin la "legalidad". Para preservar ésta, es vital eliminar los "pretextos" que faciliten el atentado contra ella. El reformismo (al igual que los social-demócratas de la 11 Internacional) no niega la necesidad de "hacer la revolución", pero la posterga para un futuro indefinido.

Aquella, aparentemente, sobrevendrá como un fenómeno cósmico transformando súbitamente al pacífico votante que rechaza "provocaciones" y "aventuras" en un eficaz combatiente. Esto sin perjuicio de concebir a veces, una transición casi pacífica, si ya en "áreas importantes" se ha implantado el socialismo.

Siempre se rechaza la violencia "ahora" porque atenta contra la legalidad. La "acumulación de fuerzas" se concreta en controlar aparatos gremiales, constituir una fuerza electoral importante ganando posiciones en el parlamento, hasta que se produzca el "salto cualitativo".

La adopción de un punto de vista revolucionario (o sea la admisión de que sólo por la lucha armada puede operarse el derrocamiento final del sistema) **condiciona TODA la política de un movimiento**, sus objetivos inmediatos, sus métodos de organización y de lucha y no solamente la etapa final y decisiva de esa lucha. **No hay dialéctica capaz de convertir una política reformista en un desenlace revolucionario.** Hay un estilo revolucionario y un estilo reformista para encarar hasta el más inmediato problema salarial, reivindicativo. Y los métodos de lucha reivindicativa no pueden estar en pugna con la línea general revolucionaria so pena de convertir la acción pública en un ancla que ate el futuro al presente reformista, "legal" **Organizar la**



lucha de hoy, a partir de los presupuestos, de la "legalidad" burguesa es incompatible con la ilegalidad insurreccional de mañana.

Es muy improbable que las campañas por reformas constitucionales sean la mejor manera de crear condiciones. Especialmente cuando la "legalidad" burguesa, por el deterioro irremediable del sistema y no por ningún "pretexto", tiende a estrechar sus márgenes. Preservar, con el retroceso, la vigencia de la constitución cuando en el marco de ésta se instaura ya una "dictadura constitucional", salvaguardar con la capitulación las autonomías ya violadas, los derechos sindicales que se están reglamentando, los salarios que se están congelando, no es una estrategia "madura". Admitir tácitamente a la reacción, el derecho a fijar cuál es el límite a partir del cual una movilización da pretexto para reprimir, es correr el riesgo de tener que admitir, a breve plazo, que cualquier movilización constituye "pretexto" válido para ello.

La alternativa se plantea desde ahora, sí, entre línea revolucionaria que no implica, necesariamente, seguir "para adelante" bajo cualquier condición, hasta cualquier parte, aun a costa de estrellarse. Que significa sí, elevar el nivel de la lucha hasta donde sea posible y útil, porque sólo así maduran las condiciones para que puedan darse combates más importantes.

La impotencia de los aparatos reformistas, en situaciones como la que atravesamos, ilustra suficientemente lo difícil que resulta afrontar coyunturas críticas con instituciones funcionalizadas para situaciones "normales". En ese sentido lo que sucede es un anticipo convincente de las reales posibilidades "revolucionarias" de esas corrientes. Una demostración del precio, pagado por el movimiento popular en desorganización, frenamiento y fracaso, a la hegemonía del reformismo en su dirección.

Para aclarar totalmente el tema son pertinentes aún algunas puntualizaciones:

1) Una estrategia de lucha prolongada implica reconocer la existencia de un proceso dinámico, con avances y retrocesos con victorias parciales y derrotas parciales, con períodos de movilización intensa, de menos movilización o aún de estancamiento total. Esta concepción descarta las ilusiones cortoplacistas del espontaneísmo. También elimina la visión miope que sólo ve momentos aislados del proceso, confundiéndolos con el todo, o el evolucionismo rectilíneo que lo concibe en términos de progresión constante que culmina, mecánicamente en la revolución.

2) Una estrategia de lucha prolongada implica admitir, como problema central, el acrecentamiento gradual (cuantitativo y cualitativo) de las fuerzas propias y el desgaste de las fuerzas contrarias.

Pero hay que ponerse de acuerdo en qué se quiere decir cuando se habla de "acrecentar fuerzas". Para que haya, realmente, avance las fuerzas acumuladas cuantitativamente o cualitativamente.

Deben ser funcionales y coherentes con el fin perseguido. A una guerrilla le resultarían muy poco útil que se juntaran votos en su nombre.

Los avances decisivos

Son los que por su calidad aseguran la continuidad de la lucha.

En el caso concreto de nuestro país, una política correcta de acumulación de fuerzas plantea, esquemáticamente, las opciones siguientes:

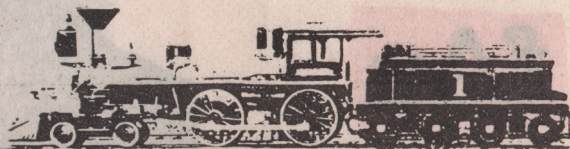
a) **Acrecentar el número de militantes dispuestos para un trabajo paciente, permanente y riesgoso** es más importante que aumentar el número de adherentes circunstanciales y expuestos a vacilaciones.

b) **Incrementar la eficacia**, aplicando métodos organizativos capaces de superar la acción represiva, importa más que levantar organizaciones vastas pero vulnerables.

c) **Valorar la capacidad operativa en todos los planos**, la aptitud para integrarse con las masas, organizándolas, orientándolas realmente cuando se movilizan más que la aptitud de levantar aparatos para encuadrar o representar a esas masas en períodos de "paz".

d) **Desarrollar la experiencia de los militantes** en el enfrentamiento a la represión y no fomentar en ellos el temor a la misma presentándola como el fin de toda lucha posible.

(extractos de cartas de FAU)



"La verdad, hoy reconocida hasta por los déspotas más tontos, es que las formas llamadas constitucionales o representativas no constituyen en modo alguno un obstáculo para el despotismo estatal, militar, político y financiero; al contrario, legalizan el despotismo y, al darle la apariencia de administración popular, pueden aumentar de manera considerable su fuerza y su poder interior."

Miguel Bakunin

fAu

